

El niño del atardecer

Yu Hua

Versión del chino al español de Alejandro Pescador

La literatura china es un territorio al que los lectores occidentales apenas estamos comenzando a acceder. Alejandro Pescador nos ofrece este espléndido relato de Yu Hua, escritor nacido en 1960.

Sentado en pleno mediodía del otoño, un hombre llamado Sun Fu cuidaba su tenderete de fruta. A esa hora la luz del sol lo envolvía y lo hacía entornar los ojos de cincuentón. Se sujetaba las rodillas con ambas manos para erguir el tronco. Bajo la luz del sol su cabellera gris semejava ceniza nebulosa, justo como la calle donde estaba instalado. La larga calle se extendía hasta la lejanía por ambos extremos. Ya tenía tres años de sentarse en el mismo lugar, donde a menudo se detenían los autobuses. Así se ganaba la vida: vendiendo fruta. Un autobús se acercó por un lado y al dar vuelta levantó tanto polvo que parecía haber hundido todo en la oscuridad, pero instantes después Sun Fu y su tenderete de fruta emergían de nuevo en un minúsculo amanecer.

Sun Fu miró de pronto al niño que estaba parado frente a él: apareció después de que el polvo volvió a asentarse. Unos ojos negros y brillantes lo veían fijamente. Él a su vez miraba al niño. El chico, vestido con ropas sucias, ya había apoyado una mano sobre el tenderete. Vio la mano del chico: sus uñas largas y negras tocaban una manzana roja y brillante. Sun Fu agitó la mano sobre la manzana como si tratara de alejar a una mosca y dijo al niño:

—Lárgate.

El niño retiró la mano titubeante y tras vacilar unos segundos terminó por marcharse. Avanzó paso a paso hasta la acera de enfrente, con los brazos caídos y la ca-

beza baja, tan grande que parecía desproporcionada a su cuerpo enjuto.

En ese momento varias personas que se detuvieron frente al puesto para comprar fruta cortaron el campo de visión de Sun Fu. Ya no vio adónde había ido el niño. Las personas reunidas preguntaban sin cesar a Sun Fu:

—¿A cómo me deja las manzanas? ¿Cuánto cuesta el medio kilo de plátano?

Sun Fu se puso de pie con la bandeja de la balanza en la mano para pesar las manzanas y los plátanos; recibió el dinero con ambas manos. Se sentó de nuevo y volvió a sujetarse las rodillas con las manos. Entonces vio otra vez al chico. Había regresado. Esta vez el chico no se detuvo frente a Sun Fu, sino a un lado. Sus ojos negros y brillantes miraban de hito en hito las manzanas y los plátanos. Sun Fu miraba al chico. Luego de mirar las frutas el chico alzó la vista para ver a Sun Fu y decirle:

—Tengo hambre.

Sun Fu lo miró con fijeza pero no contestó. El chico insistió:

—Tengo hambre.

Al oír la voz tintineante, Sun Fu miró al chico astrosamente y arqueando las cejas le dijo:

—Lárgate.

El chico se mostró a un tiempo indeciso y tenso, pero Sun Fu repitió su grito:

—¡Lárgate!

El chico saltó del susto y se balanceó con nerviosismo; pero se decidió a avanzar un poco. Sun Fu ya no prestó atención al chico, tenía la mirada fija en la calle. Oyó cómo se detenía un autobús. Dentro del autobús los pasajeros se pusieron de pie. A través de las ventanillas del autobús, vio cómo se alzaba una multitud de hombres que se movían hacia las dos puertas del vehículo. Después de un rato los pasajeros descendieron por ambas puertas. En ese momento Sun Fu volteó hacia un lado: alcanzó a ver que el chico corría que parecía volar. No se explicaba por qué corría, pero vio que en la mano izquierda el chico apretaba algo. En la distancia no podía ver qué cosa era. Luego fijó la mirada y descubrió que el chico había cogido una manzana. Sun Fu se levantó y empezó a correr tras el chico.

Sun Fu gritó:

—¡Cojan al ratero! ¡Cojan al ratero que va delante...!

A esa hora ya caía la tarde. En su carrera el niño dejaba una estela de polvo. Oía las vociferaciones de Sun Fu y su carrera desesperada. En un esfuerzo máximo el chico continuó corriendo, pero le faltaba el aire. Sintió que ya no podía avanzar un paso más. Volvió la vista atrás y notó la mano amenazante de Sun Fu. Se dio cuenta que Sun Fu lo iba a atrapar y por eso se detuvo. Miró hacia atrás y alzó la cara para aliviar un poco su respiración agitada. Unos pasos lo separaban de Sun Fu. Se llevó la manzana a la boca y le dio un mordisco.

Al tenerlo a su alcance, Sun Fu le dio un manotazo para que soltara la manzana; también lo golpeó en la cara. El chico se desplomó. Sin poder ponerse de pie, el chico se cubrió la cabeza con ambas manos. Con las fuerzas que le quedaban masticó el trozo de manzana que tenía en la boca. Al oír que el chico masticaba, Sun Fu lo cogió de las ropas para alzarlo violentamente. La camisa del chico se desgarró, pero él siguió masticando. Tenía la mirada pasmada, con los carrillos abultados por el bocado de manzana. Con una mano Sun Fu lo tiró de las ropas y con la otra lo cogió por el cuello. Sun Fu le gritó al oído:

—¡Escupe!

Muchas personas se acercaron. Sun Fu les dijo:

—Quiere seguir comiendo. Me robó mi manzana, mordió mi manzana y quiere seguir comiendo.

Sun Fu amenazó al chico con un puño y volvió a gritarle:

—¡Escúpeme lo que te comiste!

El chico apretaba los labios todo lo que podía. Sun Fu lo cogió con mayor fuerza del cuello:

—¡Escupe!

Cuando el chico abrió la boca, Sun Fu vio que dentro todavía tenía algunos trocitos de manzana; le apretó el cuello con mayor violencia. Vio que al chico parecían saltársele los ojos.

—Sun Fu —le dijo un conocido— mira, ya casi se le botan los ojos. Ya casi lo matas.



Rio Li, China

—Estoy cobrando mi venganza —contestó—. Si lo mato también es mi derecho.

Dejó de apretarle el cuello y dijo alzando la mirada al cielo azul:

—Lo que más odio en mi vida es a los rateros. ¡Escupe!

El chico escupió los trocitos de manzana que le quedaban en la boca. Los soltó poco a poco como si confesara algo palabra por palabra. Los trocitos que escupía sin fuerza le caían sobre el pecho. Cuando el chico volvió a cerrar la boca, Sun Fu se la volvió a abrir con el pulgar y los otros dedos. Y luego de hurgársela gruñó:

—Todavía quedan pedazos. Escupe todo hasta que te quede la boca limpia.

El chico volvió a escupir, pero sólo arrojó saliva y apenas unos minúsculos residuos de manzana, pero se empeñó en seguir escupiendo hasta que de la garganta le salía un sonido seco y algo indefinido. Sun Fu le ordenó entonces que dejara de escupir. Al ver a varias personas a su alrededor, Sun Fu advirtió algunas caras conocidas.

—Desde hace tiempo que no cierro con llave la puerta de mi casa. Aquí no hay gente que lo haga, ¿verdad?

Varios asintieron y él continuó:

—Pero ahora hay que cerrar con llave y hasta echar doble vuelta, ¿por qué? Por estos ladrones. Lo que más odio en esta vida es a los ladrones.

Sun Fu volvió a mirar al chico, que tendido boca arriba también lo veía. El chico tenía la cara cubierta de polvillo y sudor; la expresión de sus ojos era de haber caído en un trance como si las palabras de Sun Fu lo hubieran hipnotizado. Sun Fu se regocijó al ver la expresión del chico y dijo:

—Si todavía existieran las reglas de antes, le rompería la mano a este ratero, le rompería la mano...

Sun Fu se inclinó un poco para preguntar al chico:

—¿Con cuál mano robaste la manzana?

Todo el cuerpo del chico empezó a estremecerse,



Zhuzhuang, China

pero al instante se puso la mano derecha bajo la espalda. Sun Fu se la cogió y lo alzó en vilo para mostrárselo a los curiosos.

—Fue con esta mano —explicó Sun Fu— si no entonces no la hubiera escondido tan rápido...

Sin tardanza el chico contestó:

—No fue esta mano.

—Entonces fue esta otra —dijo Sun Fu prendiéndolo por la mano izquierda.

—¡No! —dijo el chico.

Al hablar el chico había querido hurtar su mano izquierda, pero Sun Fu le dio un puñetazo. El cuerpo del chico se sacudió. Sun Fu volvió a golpearlo. El chico ya no se movió. Sun Fu lo tiró de los cabellos y le ordenó que alzara la cara y le gritó:

—¿Con cuál mano?

El chico veía con ojos desmesurados a Sun Fu; después de un rato el chico extendió la mano derecha, que Sun Fu atrapó por la muñeca; con la otra mano le torció el dedo del corazón.

—Si todavía existieran las reglas de antes —explicó Sun Fu a los mirones—, ahora mismo le rompía la mano, pero ahora lo más importante es la educación. ¿Y cómo educar? Pues con este tipo de educación —dijo Sun Fu mirando al chico.

Enseguida Sun Fu usó toda la fuerza de las dos manos hasta que se oyó el crujido del dedo del corazón de la mano derecha del chico: se lo había dislocado. El chico soltó un grito de dolor: su voz entró a los oídos tan punzante como la punta de una daga. Miró su dedo roto y

escondió la mano inerte tras la espalda. De un salto se puso de pie.

—Así son los rateros —explicó Sun Fu—, si no se les rompe un brazo, hay que romperles un dedo. Tiró l u ego del niño y observó que cerraba los ojos de dolor.

—Abre bien los ojos —gritó Sun Fu—. Ábrelos bien.

Abrió los ojos, pero el dolor no cesaba. Apretaba los labios con fuerza. Sun Fu le dio de puntapiés en las piernas.

—¡Camina!

Sun Fu cogió al chico por el cuello para forzarlo a caminar hasta el tenderete de fruta. Sacó una cuerda de una caja de cartón. Lo maniató y lo hizo pararse delante del puesto. Cuando vio que varias personas se acercaban a ver qué sucedía, le ordenó al chico:

—Grita, grita fuerte: Soy un ratero.

El chico miró a Sun Fu, pero no gritó. Sun Fu le cogió la mano izquierda y simuló torcerle el dedo del corazón. El chico empezó a gritar:

—¡Soy un ratero!

—No se oye —le espetó Sun Fu—. Más fuerte.

El chico miró otra vez a Sun Fu y alzó la cara para gritar con fuerza:

—¡Soy un ratero!

Sun Fu se percató de que el chico gritaba tan fuerte que se le saltaban las venas del cuello.

—Así está bien —dijo Sun Fu—. Justo así está bien.

Esa tarde el sol del otoño descendía sobre el chico, que tenía las manos atadas a la espalda. El mismo lazo sujetaba las manos y el cuello de modo que no podía in-

Sun Fu volteó hacia un lado: alcanzó a ver que el chico corría que parecía volar. No se explicaba el porqué corría, pero vio que en la mano izquierda el chico apretaba algo.

clinar la cabeza; sólo podía mantener la cabeza erguida mirando de frente a la calle. A su lado estaban las frutas que tanto ansiaba, pero no podía ni verlas porque el lazo atado al cuello no le permitía inclinar la cabeza. Cada vez que se acercaba alguna persona por la calle, Sun Fu le pedía que gritara:

—¡Soy un ratero!

Sun Fu permanecía sentado tras el tenderete, con la espalda apoyada en el respaldo de una sillita. Se encontraba en el colmo de la felicidad viendo al chico. Ya no se lamentaba por la manzana perdida: ahora comenzaba a sentirse satisfecho porque había atrapado al chico que hurtó la manzana, y también porque lo estaba castigando. Le pidió que gritara otra vez pues se acercaban unas personas. Le exigió que gritara con más fuerza. En la calle sólo se escuchaba el grito del chico. Se dio cuenta que las personas que pasaban no interrumpían su andar, pero veían al chico con curiosidad. El chico, atado de manos y cuello, seguía gritando con todas sus fuerzas:

—¡Soy un ratero!

Los peatones juzgaban muy extraño el asunto. Sun Fu tuvo que explicarles de qué se trataba. Una y otra vez explicó que el chico le había robado una manzana y por eso lo había atrapado y castigado. Al final Sun Fu les decía:

—Es por su bien.

Así se explicaba:

—Quiero que el chico sepa; después nunca volverá a robar cosas.

Y hacía una pausa para preguntar al chico:

—¿Vas a volver a robar?

El chico en un gran esfuerzo negaba con la cabeza, pues la cuerda que lo sujetaba por el cuello era muy tirante. Sus movimientos eran cortos y rápidos.

—¿Ya lo vieron? —preguntaba Sun Fu.

El chico se pasó toda la tarde gritando. La luz del sol terminó por secarle y partirle los labios. Primero se había quedado ronco y a la hora del ocaso ya no tenía voz, apenas un soplo áspero. Pero seguía tratando de gritar:

—Soy un ratero.

La gente que pasaba ya no oía lo que estaba diciendo. Sun Fu se apresuraba a explicarles:

—Está gritando: ¡Soy un ratero!

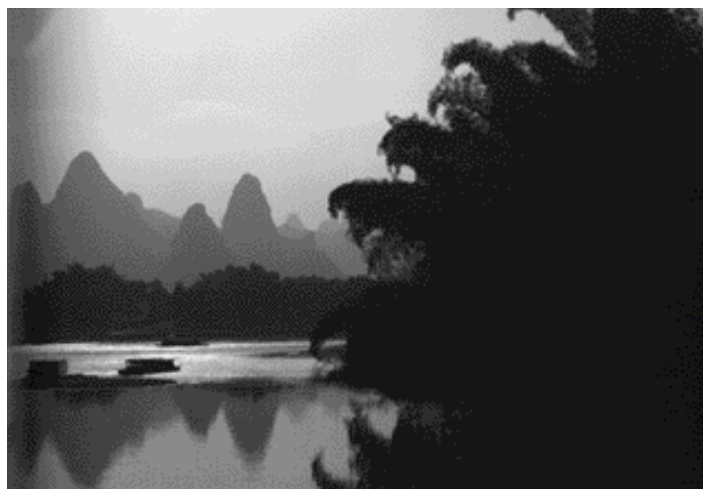
Poco después Sun Fu desató parcialmente al chico.

Ya para entonces caía la tarde. Sun Fu desarmó su tenderete y lo echó sobre la plataforma de su triciclo de carga. Una vez alzadas todas sus cosas, terminó por desatar al chico. Enrolló la cuerda y la echó a la plataforma del triciclo. A punto de irse escuchó una especie de gruñido a sus espaldas. Volteó y vio que el niño estaba tendido sobre el suelo. Aún así le preguntó:

—¿Vas a volver a atreverte a robar?

Al preguntar, Sun Fu montó en su triciclo y comenzó a pedalear por la calle. A un tiempo lo asaltaron el hambre y la sed. Se sentía exhausto. El chico, apenas desatado, se había desplomado. Luego que Sun Fu se había alejado un trecho, el chico seguía tendido. Trataba de abrir los ojos, como si quisiera ver la calle, pero no alcanzaba a verla. Un rato después el chico comenzó a moverse un poco. Se puso de pie muy despacio. Se apoyó un rato en un árbol y empezó a caminar por la calle hacia el poniente. Siguió caminando en la misma dirección: se internaba en el ocaso. Arrastrando los pies y dando tumbos se alejó de este pequeño pueblo.

Algunas personas lo vieron alejarse. Sabían que se trataba del chico que Sun Fu había atrapado por haberle robado una manzana, pero no sabían cómo se llamaba. Tampoco sabían de dónde había llegado. Por supuesto tampoco sabían adónde iba. Recordaban, eso sí, la mano derecha del chico, el dedo dislocado y las manos atadas



Guangxi, China



Zhuzhuang, delta del río Yangse, China

a la espalda. Veían que se alejaba hacia el atardecer, hasta que desapareció en el ocaso.

Esa noche, como de costumbre, Sun Fu se dirigió a la pequeña tienda al lado de su vivienda; compró un cuartillo de vino de arroz y una vez en su cocina se preparó un par de platos sencillos. Se sentó en una antigua mesa cuadrada para ocho personas. Los destellos del ocaso entraban por la ventana. El interior del cuarto parecía calentarse. Sun Fu permaneció sentado junto a la ventana por donde se desplegaba el atardecer. Dio unos breves sorbos a su vino de arroz.

Hacía muchos años también se hallaba en este mismo lugar. Había una mujer muy bella y un chico de cinco años de edad. Aquel día las voces dentro del cuarto se alzaban y se apagaban sin cesar: él, su mujer y su hijo no paraban de hablar. Sun Fu a menudo se sentaba en esa silla y miraba a su mujer encender el carbón de la cocina. El niño se cogía de la falda de su madre, sin atreverse a dar un paso por su cuenta. Ella hablaba con voz dulce al niño, pero Sun Fu no alcanzaba a entender lo que le decía.

Tiempo después, una tarde de verano llegaron en tropel varios niños hasta la vivienda. A gritos llamaban a Sun Fu. Le dijeron que su hijo se había caído al estanque. Esa tarde de verano se puso inconsolable. A sus espaldas, su mujer se desgarraba en llanto. Más tarde se enteraron de que ya habían rescatado el cadáver de su hijo. Esa noche de calor insoportable ambos se sentaron

frente a frente a sollozar. Un rato después se tranquilizaron, como si hubieran regresado a su vida de antes. Varios años se consumieron en un instante.

El invierno de ese año un peluquero de cabeza al rape, que sostenía al hombro una percha con un bulto en el extremo, se aproximó a la vivienda. La mujer de Sun Fu salió a la puerta y apenas pasado un momento sacó una silla. Se sentó y cerró los ojos para evitar la luz del sol. El peluquero le lavó el pelo, se lo cortó un poco; le extrajo la cerilla de los oídos y le dio masaje en los hombros y en los brazos. Nunca se había sentido tan cómoda como ese día: sentía que se derretía. Por eso en plena noche cogió sus ropas y abandonó a Sun Fu. Se lanzó en busca del peluquero itinerante.

De esta forma Sun Fu se quedó solo. Su vida anterior se apretujaba ahora en una foto adherida a la pared, una foto amarillenta que alguna vez fue blanco y negro: él, su mujer y su hijo. Su hijo, en medio de los dos, llevaba puesta una gorra de algodón demasiado grande. Su esposa se había colocado a la izquierda; lucía un par de trenzas que le caían sobre los hombros: sonreía muy satisfecha. Sun Fu permanecía a la derecha con su cara de muchacho y una expresión de increíble fuerza vital. **U**

Este cuento forma parte del libro de Yu Hua, *Huanghun li de nanhai*, Editorial de Artes y Letras de Shanghai, cuarta edición, 2005, 172 pp.